

CÉSAR VALLEJO Y GERARDO DIEGO: UNA AMISTAD POÉTICA HUMANÍSIMA

JOSÉ LUIS BERNAL SALGADO
Universidad de Extremadura

Resumen

En este artículo se abordan las relaciones personales y estéticas entre ambos poetas, prestando especial atención al papel y significado de la obra de Vallejo en el Veintisiete y a la importancia en su poesía del creacionismo de Huidobro y su entorno. Con tal fin se analizan los textos teóricos de Gerardo Diego sobre Vallejo y los epistolarios entre Diego, Vallejo y Larrea; así como el significado en la plenitud del Veintisiete de la edición madrileña, en 1930, de *Trilce*, el libro emblemático de Vallejo, edición en la que Gerardo Diego tuvo un papel clave.

Palabras clave: vanguardia histórica, Veintisiete, epistolarios, Edad de Plata, poesía nueva.

CÉSAR VALLEJO AND GERARDO DIEGO: A VERY HUMAN POETIC FRIENDSHIP

Abstract

In this paper, the personal and aesthetic relations between both poets are addressed, paying special attention to the role, and meaning of Vallejo's work in the generation of '27 and the importance of Huidobro's creationism and his environment in his poetry. For this purpose, the theoretical texts of Gerardo Diego on Vallejo and the letters between Diego, Vallejo and Larrea are analyzed. Furthermore, attention is also given to the meaning, in the plenitude of the generation of '27, of the Madrid edition of *Trilce* in 1930, Vallejo's emblematic book, in which Gerardo Diego played a key role.

Keywords: historical avant-garde, generation of '27, collection of letters, Silver Age, new poetry.

1. INTRODUCCIÓN

A la luz de los testimonios que conocemos y del argumento irrefutable de sus respectivas obras poéticas no es aventurado decir que César Vallejo y Gerardo Diego compartieron mucho más de lo que la aparente y a veces engañosa fama de uno y otro en la historia literaria reciente pudiera hacernos pensar.

Ambos compartieron una amistad sincera y entrañable, una relación humana innegable, sustentada en pruebas y afectos sólidos; ambos compartieron unas convicciones poéticas esenciales, que sustentan lo mejor de sus obras, en torno al creacionismo poético; y además, en el caso de Diego, este nunca ocultó, antes de la muerte y tras la muerte de Vallejo, su admiración por el autor de *Trilce*, declarada sin tapujos en la plenitud del Veintisiete, antes de la Guerra Civil, en pleno franquismo y en los últimos años de su vida.

El César Vallejo que llega a Europa, a París, en julio de 1923, es un perfecto desconocido en España y en los círculos vanguardistas europeos. Juan Larrea no lo conoce, como sabemos, hasta 1924, en casa de Huidobro, bajo cuya capa protectora se cobijó estéticamente. Sin embargo, el deslumbramiento del bilbaíno será desde entonces imparable y decisivo para la conexión Vallejo-Diego, al ser Larrea el amigo íntimo y personal del autor de *Imagen*.

2. LA POESÍA DE VALLEJO Y LA NUEVA LITERATURA

La andadura parisina de Vallejo establece otras claves de la relación de nuestros dos poetas que explicarán su natural sintonía poco después. Por ejemplo, tanto Vicente Huidobro como Juan Gris se convierten en puntos en común decisivos entre Vallejo y Diego. No olvidemos que en el verano de 1922 Diego tendrá su experiencia definitiva parisina de la mano de Huidobro y Gris, con un Larrea ausente, pero puntualmente informado de su aventura reveladora (Bernal Salgado, 2007).

Ese Vallejo treintañero que llega a Europa trae en su equipaje poético dos libros sorprendentes y madurísimos. *Los heraldos negros* se sitúan, como sabemos, en una etapa relativamente temprana, si ya granada, de su producción lírica. De hecho, este poemario se presenta como una

evolución, pues varios poemas aparecen todavía marcados por la huella del Modernismo y ceñidos a las formas métricas y estróficas clásicas, mientras que otros aparecen ya más cercanos al lenguaje personal del poeta con formas más liberadas. Como la crítica ha señalado, algunos poemas de *Los heraldos negros* son de evocación de lo nativo o indígena (la tierra y la gente), pero abarcan también muchos de los temas que serán recurrentes en la obra vallejana: el destino del hombre, la muerte, el dolor, la conciencia de orfandad, el absurdo, la religión o la culpa, todos ellos tratados por el poeta con un acento muy personal, bajo una mirada cercana al existencialismo.

Los heraldos negros, primer libro publicado por Vallejo, recogen un material heterogéneo de su primera producción poética (1915-1918) que coincide curiosamente con la de Diego. Pensemos, por ejemplo, en el Diego de *Iniciales* o de *Evasión*, que desemboca en el más radical y lúcido de *Imagen* y *Manual de espumas*. También llama la atención en *Los heraldos negros*, como adelantábamos, esa lucha entre la presencia de formas y temas o concesiones tradicionales, así como temas y formas métricas herederas del legado modernista, y a la vez la presencia de elementos innovadores, atrevidos y rupturistas.

Lo que sorprende en Vallejo, a diferencia de Diego y de otros poetas del Veintisiete en sus primeros libros, es su precocidad y su madurez solitaria. Piénsese que cuando publica *Trilce* no ha tenido contactos con el vanguardismo europeo del momento. Sin embargo, cada uno de sus pasos poéticos, escasos en número (solo tres libros: *Los heraldos negros* en 1918, *Trilce* en 1922 y el póstumo *Poemas humanos* en 1939, en que se incluye el famoso «España aparta de mí este cáliz», publicado en 1938), ejemplifican a la perfección su originalidad radical y la travesía de la gran lírica hispana de la Edad de Plata: superación del modernismo (voz personal, tradición e innovación: *Los heraldos negros*); experiencia personal y original de la vanguardia histórica (creacionismo-surrealismo: *Trilce*); y poesía comprometida y humanísima (*Poemas humanos* [1932-1938]).

Esa singularidad de Vallejo se vio reforzada por la misma historia de sus libros: la corta edición de *Los heraldos negros*, impresa en 1918, no se distribuyó en realidad hasta el año siguiente; la edición de *Trilce*, en las prensas de la Penitenciaría de Lima, en 1922, se distribuyó mal; y su

tercer libro ya es póstumo. Estas azarosas circunstancias, pues *Los heraldos negros*, por ejemplo, no se volvieron a publicar hasta once años después de la muerte del autor, en 1949, convierten a *Trilce* en el libro clave para los lectores coetáneos de Vallejo, ya que se sitúa en el centro de la Edad de Plata, a lo que contribuyó decisivamente la edición española de 1930. Y en ese acontecimiento, de nuevo, Larrea como impulsor y Diego como ejecutor, junto a Bergamín, desempeñaron un papel esencial.

Pero no se olvide que el Gerardo Diego que asume la propuesta de Larrea de editar *Trilce* en España está deslumbrado con toda la poesía de Vallejo recién conocida, que incluía también *Los heraldos negros*.

Diego, excelente e inteligente lector de poesía, supo apreciar cómo el poema homónimo que abre el primer libro de Vallejo, como pórtico rotundo, «Los heraldos negros», pone al lector radicalmente en el ámbito vital del Vallejo casi treintañero, que augura con su voz –ya lejísimos de la pose culturalista del modernismo (a la que hay claras concesiones en el libro, como hemos señalado), pero sí en la mejor y más fértil estela de Darío, el humanísimo Darío– el viaje difícilísimo de la vida: «Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!», golpes que tal vez sean, como dice el poeta, «los heraldos negros que nos manda la Muerte». De hecho Vallejo cuidó, más allá de las disímiles y heteróclitas secciones del libro, la disposición rotunda del citado primer poema y la del último poema del libro, perteneciente a la sección «Canciones del hogar», titulado «Espergesia», en el que intencionadamente, de la mano del cultismo léxico, remata el sentido final del libro con esos versos famosísimos, machacón estribillo, que dicen: «Yo nací un día / que dios estuvo enfermo».

Sabemos, por otra parte, que desde su llegada a Europa Vallejo fue poco a poco asomándose a nuestras letras. Ya en 1923 publica algunos textos en la revista coruñesa *Alfar* y en el semanario *España* (nótese que en ambos se habían dejado ver las nuevas voces de la vanguardia hispana). Por ejemplo, en el número 33 de *Alfar*, de octubre de 1923, publica el poema «Trilce», sin título en la revista, que, como bien

recuerda Diego (1978), era un poema ajeno al libro, escrito por Vallejo ya en Europa y «el único que compuso hasta 1926»¹.

Pero la sintonía de la voz diferente y personalísima de Vallejo con las voces atentas de la nueva poesía española, y por supuesto con la de Diego, era inevitable. Es significativo, por ejemplo, que Astrana Marín (1925) se refiera a Vallejo y a *Los heraldos negros* en términos negativos cuando no burlescos, que paradójicamente despertarían sin duda las simpatías de los jóvenes poetas españoles que no lo conocieran; dice el afamado erudito: «Ese César ha creído que venir a España, ver y vencer sería todo uno. Veamos qué son los *Heraldos negros*. No deben de ser grano de anís. Pero el cantor no lo sabe con certeza. Quizá lo vislumbre en *Tehoría*, como su compañero el de Trujillo»². Se burla, citándolos, entre otros, de los versos del poema homónimo espléndido que abre el libro y que citábamos antes. Astrana Marín no deja títere con cabeza en una crítica miserable que evidencia su nulo paladar lírico.

Será precisamente Gerardo Diego, tiempo después, quien arremeterá contra Astrana por su actitud ante el centenario de Góngora. En una carta a Guillén de 27 de febrero de 1927, escribe (Salinas, Diego y Guillén, 1996: 90):

Magnífico me parece el dar una paliza a Astrana Marín y solo lamento no tenerle al alcance de mi tranca. Estaría bien enviarle entre todos un mismo día (que las recibiese todas juntas) una colección de epigramas, ovilijos, insultos y gansadas, firmadas. Por ejemplo:

Hay que mandarle a hacer chis
a Luis.
Zurrarle bien la badana
a Astrana.
Calentarle el traspontín
a Marín.
Vaciarle bien el serrín
que almacena en el cogote

¹ El poema lo publicaría Larrea (1973), al enterarse de su existencia, en unas reuniones vallejianas en Montevideo.

² El compañero de Trujillo no es otro que Alcides Spelucín.

y, por blasfemar de Argote,
atiborrar de cipote
a Luis Astrana Marín.

Así, delicadezas por el estilo, para que lo entienda bien.

No nos extrañará por ello que Astrana Marín figurara poco antes, a manera de burla, entre las colaboraciones rechazadas en el número 2 y último de *Favorables París Poema*, número de octubre de 1926³.

El libro que verdaderamente vincula a Vallejo con la modernidad y la vanguardia es *Trilce*, aunque, como decíamos, su gestación y primera edición en 1922 sean ajenas a dicha vanguardia histórica. En realidad, tanto *Trilce* como *Los heraldos negros* son fruto de su vida en Perú y de sus muchos avatares y penalidades de juventud. Realmente no será hasta la edición española de 1930 cuando Vallejo alcance su reconocimiento definitivo en la nueva poesía española.

Que la historia de ese conocimiento y difusión de *Trilce* en España y en Europa esté vinculada a Gerardo Diego es obviamente uno de los pilares de la fructífera relación entre nuestros dos poetas.

3. LAS CARTAS COMO TESTIMONIO DE UNA AMISTAD POÉTICA HUMANÍSIMA

Esa relación puede ponderarse gracias, entre otras cosas, al epistolario entre Vallejo y Diego, que tiene, además del valor de su contenido, otros valores nada desdeñables: el lapso temporal que abarca y la cantidad de cartas recuperadas. José Manuel Castañón, tardío exiliado voluntario del franquismo y buen amigo de Diego, en su edición del *Epistolario general* de Vallejo (1982), ya destacaba el corpus felizmente conservado de las cartas a Gerardo Diego (14), así como las de Larrea (39), los conjuntos más numerosos tras el de las cartas de Pablo Abril. Y llama a Larrea y a Diego en su prólogo: «Ambos, grandes poetas y amigos permanentes de la obra de Vallejo» (1982: 9). Obviamente, aunque la figura de Larrea y su atención y devoción por Vallejo destaquen sobre todo lo demás (repárese en su revista *Aula Vallejo*, en sus varios

³ Para la agitada relación de Astrana Marín y las vanguardias, véase Rojas (2011).

estudios, en los congresos vallejanos organizados por el bilbaíno o en su empeño porque se reuniera el epistolario del amigo, entre otros ejemplos), es interesante ese triángulo que, cuando menos hasta la publicación de *Trilce* en España, forman activamente los tres poetas y amigos, aunque, en realidad, dicho triángulo no se deshará nunca, como veremos.

En el epistolario de Diego y Larrea (2017) se encuentran multitud de pistas sobre este triángulo admirable. En una de las últimas cartas de Larrea a Diego, fechada en Córdoba, Argentina, el 20 de julio de 1957, le termina diciendo al amigo recobrado:

Ya que te he hablado antes de Vallejo, ¿no guardas alguna correspondencia suya? Creo que te escribió, a mi indicación, luego que decidimos en Madrid la publicación de *Trilce*. Me han preguntado a veces quién pudiera conservar cartas tuyas. En caso afirmativo, y si no vieras en ello inconveniente, te agradecería que me facilitaras sus transcripciones. Imagino que han de ser pocas. Aunque por sus pasos contados y muchos contra vientos y mareas, los valores de César van prosperando, como es justo. Pienso que están llamados a seguir creciendo en forma extraordinaria [al revés que Neruda, que optó por el bombo y el platillo de lentejas]. Al fin *nuestra poesía*, la poesía de la Vida absolutamente real, habrá de ocupar el puesto que por derecho le corresponde. Todavía nadie sabe de lo que se trata (Diego y Larrea, 2017: 898).

Castañón le confirmaría a Larrea desde Caracas, de consuno con Diego, de visita allí a finales de 1964, que ya tenía las copias de las cartas de Vallejo a Diego, fotocopias que le envía para el Archivo que Larrea está haciendo.

Justamente en una carta de 3 de noviembre de 1958, Larrea le da noticia de los libros y trabajos sobre Vallejo que conoce, confirmando cómo su figura crece sin pausa, y comentando que «La simiente de *Favorables* empieza a rendir sus frutos» (Diego y Larrea, 2017: 903). Diego en carta a su amigo del 14 de agosto de 1959 le confirma, refiriéndose al interés por Vallejo: «Sí es cierto que su poesía y su humanidad interesa hondamente a nuestra juventud» (Diego y Larrea, 2017: 906).

Como antes señalábamos, y Jesús Cabel destaca en su nueva edición de la *Correspondencia completa* de Vallejo (2011: 25), Larrea y Diego están entre los tres principales destinatarios. Además, de 1924 a 1931 son los años en que más cartas escribe Vallejo y son los años intensos de su paso por Madrid, de su viaje a Moscú y de su establecimiento en París.

Es bien sabido que la vida de Vallejo en París al principio no fue fácil, en verdad su vida no fue nunca fácil. A propósito de su relación con el músico peruano con quien confraterniza en la capital francesa, Alfonso Silva, es interesante el testimonio de su compañera Alina Lestonnat:

Nos reíamos a carcajadas, sin un franco en el bolsillo. Vallejo sabía hacer chistes muy bien hechos. No era hombre que vivía sumido en la tristeza. Todo el mundo habla del genio de Vallejo, pero no hablan de su bondad. Resplandecía de bondad y sencillez [...] Era muy tierno. Dulce. Mimaba a los niños. No fue resentido nunca. Vivía sin la menor amargura. Todo el dolor lo volcaba en su poesía... (*apud* Vallejo, 2011: 33)

Este testimonio puede dar cabal cuenta de la amistad que surgió entre él y Larrea y entre Vallejo y Diego. Vallejo sufrió una penuria y situación económica desastrosa en sus años parisinos. Tuvo que sobrevivir a duras penas, con su tarea periodística, para salvar su poesía, su independencia y su libertad. En una de las muchas referencias a Vallejo en el epistolario, encontramos la siguiente mención de Larrea a su amigo, en carta de 29 de octubre de 1932: «Vallejo sigue bien y a trompicones como siempre con la vida». (Diego y Larrea, 2017: 665).

El epistolario del peruano es pródigo en datos sobre sus «trompicones con la vida». En una carta a Pablo Abril, de 26 mayo de 1924, confiesa: «Yo no soy bohemio: a mí me duele mucho la miseria, y ella no es una fiesta para mí, como lo es para otros».

Vallejo viaja a Madrid, como sabemos, a finales de 1925 a cobrar una beca que se la ha concedido para concluir sus estudios de jurisprudencia en los años 1925, 1926 y 1927. Viajará después a España unos pocos días en 1926. Y también viajará unos días en 1927. Más tarde, cuando lo expulsan de Francia, se instalará como exiliado político en Madrid en 1931, el día de año nuevo, y allí vivirá hasta febrero de 1932, con algunas interrupciones.

Sin embargo, es obvio que Vallejo tiene noticias de Diego desde antes de su confluencia en *Favorables París Poema* por mediación de Larrea. Es verdad que Larrea será la ligazón fundamental entre ambos, pero también existen otros paralelos decisivos, aunque sus vidas poco tengan que ver en cuestiones prácticas y de supervivencia.

No extraña, por ello, que Vallejo, que había leído a Diego y lo conocía bien desde antes de su primer viaje a España, le pregunte a Larrea en sus cartas tempranas, desde 1925, por noticias del amigo común y le envíe afectuosos saludos.

Larrea, en una carta a Diego desde París de febrero de 1926, le habla al santanderino de Vallejo, a quien ya había conocido en casa de Huidobro mucho antes (1924), al poco de su llegada a París, y con quien sintonizó rápidamente. En esta carta le refiere: «Vallejo te saluda afectuosamente. Por fin he leído sus libros y como me figuraba he encontrado en potencia un gran poeta original. Le ayudaré a tallarse y si lo consigo ¡qué gran voz conmoverá nuestro idioma!» (Diego y Larrea, 2017: 530). Como claro preludeo al clima de *Favorables*, escribe Diego a Larrea desde Gijón, el 17 de mayo de 1926, «Mis mejores auspicios, así como al admirable Vallejo. Vuestro es el mundo hombres libres. Yo, nacido esclavo, seguiré aleteando desde mi trampa». (Diego y Larrea, 2017: 534-35).

1926 es el año de *Favorables París Poema*, como Larrea (1958: 73) recuerda:

En 1926, Vallejo y yo publicamos juntos y con el exclusivo propósito de hacer acto de presencia poética total y por ello esencialmente iconoclasta en el mundillo de la literatura, una revista, si puede llamarse así, de la que eliminamos adrede todos los oropeles y refinamientos de redacción y de presentación que suelen agrandar en posiciones menos despejadas y tajantes que la nuestra. Nuestro objetivo era ir al grano de lo que considerábamos la cuestión poética: a la vida. Fue un cuadernillo voluntariamente chaplinesco⁴.

⁴ Recuérdese el texto de la tarjeta de visita, irreverente y provocadora, que acompañaba a la revista: «JUAN LARREA Y CÉSAR VALLEJO solicitan de Ud., en caso de discrepancia, su más resuelta hostilidad».

La sintonía de Diego con el espíritu de *Favorables* y con el tándem Vallejo/Larrea es inequívoca. En ese sentido hay que destacar un texto esencial para comprender el compromiso de Diego con la vanguardia y con la tradición, que publicó a manera de poética o delantal al frente de su «Poema a Violante» (luego incluido en la primera parte de *Biografía incompleta*), en el número 1 de *Favorables*, titulado «Ante todo el hombre», texto que se conecta obviamente con el texto programático de Larrea que abre *Favorables*, «Presupuesto vital», cuya cita inicial es toda una declaración de intenciones: «No conocí a Darío, pero me doy por sabido que entre su pecho y el horizonte apenas cabía el canto de un pájaro», texto en que Vallejo y él reivindicaban la pasión íntima exigible a la poesía y al poeta.

Tras estas palabras de Larrea, en el primer número de *Favorables París Poema* (1 de julio de 1926), Vallejo publica su proclama «Estado de la Literatura española», donde declara, entre otras cosas, que la juventud literaria de España y América carece de maestros. En España, ni Unamuno ni Ortega merecen ese título para la joven generación; y, en América, aún es peor, según Vallejo; quien declara de manera iconoclasta, en una actitud muy propia de *Favorables* (como rezaba su citada tarjeta de visita), que la «juventud sin maestros está sola ante un presente ruinoso y ante un futuro asaz incierto», para concluir que esa «cólera de mozos, manifestada de hora en hora, por los más fuertes y puros vanguardistas, se convierta cuanto antes en el primer sacudimiento creador» (pág. 7). Diego, Larrea y Vallejo estaban plenamente de acuerdo en las claves de ese sacudimiento creador (creacionismo), que no debía caer, como señala Vallejo en su texto teórico titulado «César Vallejo» que antecede a su poema «Me estoy riendo» (págs. 14-15), en lo que había caído la llamada «poesía nueva» (adviértase que el término lo había usado Diego tiempo atrás), basada en palabras nuevas propias de los nuevos tiempos modernos y en metáforas nuevas (crítica abierta a la vanguardia histórica); mientras que la «poesía nueva» que ellos reivindican es la creada con «sensibilidad nueva», que es, frente a las otras, «simple y humana y a primera vista se la tomaría por antigua o no atrae la atención sobre si es o no moderna». Es obvio que el poema creacionista que Diego publicó páginas atrás en ese mismo número de *Favorables*, y que pasaría, como decíamos, a *Biografía incompleta*, encaja a la perfección en ese presupuesto vallejiano, como

encaja el citado poema de Vallejo «Me estoy riendo», luego recogido en sus *Poemas humanos* (1923-1938). Los tres amigos cumplieron perfectamente en sus colaboraciones con esas «líneas de dirección estética», como las llamara Larrea en su carta a Diego desde París, de 24 de mayo de 1926, en que le explica el proyecto de *Favorables*.

Si ya de por sí la selección de nombres que figuran en el primer número de *Favorables* es llamativa (con Tzara, Huidobro y Gris, además de nuestros tres amigos), no es menos significativo que el número se abra con el texto de Larrea señalado, seguido del texto de Vallejo y, a continuación, la poética «Ante todo el hombre» y el «Poema a Violante» de Diego. Es decir, Diego tiene el honor de ser quien encabeza con sus versos la corta vida de *Favorables*.

Pero hay algo más: *Favorables* en París será un testimonio de primera magnitud en un momento clave para esa nueva poesía española (europea) del momento, justo un año antes de las celebraciones gongorinas, que, como ya sabemos con pormenor, Diego pilotaría con mano firme y segura.

Con estas sólidas bases personales y estéticas y la poderosa ligazón que sobre ambos ejercería Larrea, no nos extraña la sintonía estética y vital entre Diego y Vallejo, que corrobora el epistolario del peruano. Cabel en su prólogo destaca:

Diego, a su turno, se mostrará tan solícito como Larrea no solo para hacerle préstamos materiales, que resultaban insignificantes ante la grandeza espiritual de una verdadera amistad, sino también para apoyarlo en proyectos futuros, como la búsqueda de un editor para su segundo libro sobre Rusia, o para interceder en su favor ante la editorial Ulises con objeto [de que le liquidaran las ventas de *Rusia en 1931*]. [...] En esos casi cuatro años de correspondencia –del 16 de diciembre de 1929 al 28 de abril de 1933–, la amistad de ambos se acrecentará tanto como la compartida con Larrea (Vallejo, 2011: 65).

Será en el final del verano de 1929 cuando Larrea en una estancia en Madrid interesará a Diego y a Bergamín en la obra de Vallejo, prestándoles *Los heraldos negros* y *Trilce*. Por eso en una carta de octubre a Diego le dice que cuando quiera puede mandarles los libros de Vallejo (Diego y Larrea, 2017: 617). Sabemos que fue Luis Álvarez Piñer

quien copió los poemas de *Trilce* de la fea edición primera de la Penitenciaría del Perú, como recuerda Piñer en su diario personal (en carta de Larrea de 26 de octubre de 1929, le dice a Diego que no comenta nada de la devolución de *Los heraldos negros*; en realidad, se trató de un equívoco de sobres que Diego soluciona a finales de año, como se registra en el epistolario entre ambos). Larrea, como hemos señalado, será clave en la edición de *Trilce*, como avala la carta a Diego de 15 de diciembre de 1929, en que le manifiesta al amigo que la edición puede ser «un asunto interesante para todos»: para Vallejo, para el editor, para los prologuistas, etc. Recuerda Larrea que la edición primera fue muy corta (200 ejemplares) y se extravió en buena medida. Y, sobre el libro propiamente, afirma:

Se han hecho de él mil ditirambos y otros tantos estudios, algunos tan serios como el de José Carlos Mariátegui, que lo proclama obra renovadora por excelencia y de influencia decisiva en la lírica peruana de tal modo que no existe poeta joven en el que esta influencia no aparezca palmaria (Diego y Larrea, 2017: 624).

Ya en carta a Larrea de 19 de junio de 1930 escribe Diego:

Vallejo se me presentó en el hotel de Madrid inopinadamente. Le presenté a Bergamín e hicieron las grandes migas. Pasó un mes en España, entre Madrid y Salamanca, con su mujer. *Trilce* creo que está en prensa, Editorial Plutarco. Supongo que habrá cobrado ya las 1500 pesetas, todos sus derechos por la edición, porque esas eran las condiciones. Lleva un prólogo de Bergamín y un poema mío (Diego y Larrea, 2017: 631).

La primera carta de Vallejo a Diego es del 19 de diciembre de 1929, y en ella le comenta, con el trato del usted y el encabezamiento «Mi querido compañero», las noticias que tiene por Larrea de las buenas intenciones que ha despertado en Diego y en Bergamín la lectura de *Trilce*, que quizá puedan traducirse en la publicación del libro en España. Vallejo agradece sinceramente esas intenciones y se ofrece a ayudarlos en cuanto necesiten. Asimismo, insta a Diego a escribirle a él directamente sobre todo lo que concierna a la edición, pues Larrea está próximo a embarcarse a América: «Escríbame y, no solo por este motivo –sino por solidaridad espiritual en nuestros comunes empeños– mantengamos correspondencia frecuente desde ahora. Ello me daría un gran placer» (Vallejo, 2011: 285).

La segunda carta es de enero de 1930 y en ella agradece a Diego sus consejos e indicaciones para el contrato de *Trilce* con la CIAP y le da a él y a Bergamín su confianza y sus poderes para que negocien las mejores condiciones. Les agradece el prólogo de ambos, que se traducirá, como se sabe, en el prólogo propiamente dicho de Bergamín y en el poema espléndido de Diego «Valle Vallejo», luego incluido en *Biografía incompleta*.

En la carta desde París de mayo de 1930 (n.º 3) Vallejo le comenta a Diego que ojalá se resuelva su concurso para recalar en Madrid del que habían hablado antes⁵. Vallejo le escribe que ojalá gane la plaza pues al vivir en Madrid ello les permitiría «que nos viéramos con mayor frecuencia [...] y en este caso, cada vez que yo fuera a esa ciudad, estaríamos juntos. Lo deseo de todo corazón» (Vallejo, 2011: 300). También le pregunta cuándo publica versos nuevos «Desearía conocer su nueva producción. Su poema para *Trilce* me poseyó hondamente, no tanto por su cordialidad estética para mi libro, cuanto por su abrupta y rijosa energía» (Vallejo, 2011: 300).

En la siguiente carta de septiembre de 1930 (n.º 4) le comunica que el libro ha llegado a París al tiempo que detalla cómo, en realidad, ha sido editado por Plutarco, aunque lleve el pie editorial de CIAP por razones de venta para América. Es obvio que la belleza de la edición se explica por la intervención de Plutarco. También le comenta que lamenta las erratas del poema de Diego, que achaca a lo difícil de la caligrafía del cántabro. Asimismo, le pide que le envíe las reseñas o noticias del libro que se publiquen. La carta evidencia, por lo demás, la consolidación de un trato muy afectuoso entre ambos.

El poema de Diego, fechado en Madrid en abril de 1930, al calor del encuentro de los dos poetas e incluido en la edición de *Trilce* tras el prólogo de Bergamín (Vallejo, 1930: 19-21), se incluiría años después, como señalábamos, en la segunda parte de *Biografía incompleta* (poemas fechados entre 1930-1934) (Diego 1953: 37-38). En *Trilce* apareció con

⁵ Se refiere al concurso de cátedra al que se presenta Diego en septiembre de 1930 con su *Medinilla* y un temario de 286 temas, aunque no obtendrá la plaza. Será, tras incorporarse en 1931 a su plaza en el instituto de Santander, cuando ocupará, en septiembre de 1932, interinamente, la cátedra del Instituto Velázquez de Madrid. No volverá a su instituto de Santander hasta enero de 1936.

algún signo de puntuación, sin la misma separación estrófica con que figura en *Biografía* y con alguna otra variación notable como la que atañe a las divisiones de los versos («Desde aquella noche muchas palabras apenas / nacidas fallecieron repentinamente», que es un mismo verso en *Biografía*; y «Y gracias a que tú vives nosotros desahuciados acertamos / a levantar los párpados», que también es un único verso en *Biografía*).

La carta n.º 5 se fecha en Madrid en enero de 1931. En ella, viviendo Diego ya en Santander, Vallejo le solicita –pendiente como estaba el proceso contra la editorial Ulises– algo de dinero, que necesita para que su mujer viaje a París y solucione allí algunos asuntos económicos que palíen la penosa situación de la pareja. Vallejo invoca la «amplia comprensión fraternal» de Diego⁶.

En la reveladora carta de 24 de enero de 1931 (n.º 6) Vallejo explica un poco más su situación y habla de sus «numerosas dificultades y apuros que estoy viviendo desde hace varios meses»:

He venido a Madrid por la fuerza de dichas dificultades y he aquí que hasta aquí mismo vuelvo a encontrarlas en mi camino. Pensé desde el primer momento en usted y en su fraternidad, para ayudarme en Madrid y su respuesta telegráfica me ha dado un buen golpe.

Mi situación económica es estrecha y, para desenvolverme un poco, hice una pieza de teatro, que la he traído a Madrid. [...] Bergamín está enfermo. Usted ausente. A Marichalar no me unen mayores lazos. A Salinas tampoco. Alberto está también ausente. En fin, querido Gerardo, estoy viendo que no tengo suerte. Entre tanto los días se pasan y mi situación se complica más y más.

⁶ En la carta n.º 8, fechada en Madrid a comienzos de 1932, Vallejo le agradece a Diego «su bondadoso préstamo», que promete devolverle en cuanto haga sus gestiones en París, refiriéndose a «el dinero que con tanto cariño me ha proporcionado usted» (Vallejo, 2011: 314). Poco después en una carta (la n.º 9) de ese mismo enero de 1932, le pide a Diego otras 300 pesetas porque el dinero que llevaba su mujer a París no le alcanza y han tenido diversos problemas: «Por todos esos motivos, he vuelto a molestarlo a usted, querido y fraternal Gerardo, violentándome mucho para hacerlo, precisamente por lo bondadoso que ya ha sido usted conmigo. Le pido perdón y se lo agradezco mucho» (Vallejo, 2011: 316). Como atestigua la carta de finales de enero de 1932, Diego le envió las 300 pesetas solicitadas, pues Vallejo se refiere al nuevo préstamo con estas palabras: «que con tanta bondad me ha enviado usted antier» (Vallejo, 2011: 319).

España, según creo, es un país de recomendaciones. Sin estas no se logra nada. Las aptitudes no valen. Lo que ha pasado con usted en sus oposiciones me lo imagino fácilmente. Lo comprendo. Y su cariñosa carta reciente, me ha hecho pensar mucho en lo que es España a este respecto. Estamos, evidentemente, en un momento amargo. Las gentes tratan de acomodarse por cualquier camino y el que desea hacerlo por los medios honrados, sucumbe. En fin, querido Diego, esto es horrible aquí, en España particularmente y, de manera general, en el mundo entero. Pero, justamente, por eso, debemos unirnos los hombres honestos para contrarrestar a los farsantes y vivos. Quizá me quede aquí hasta marzo, en que usted vendrá. Yo tendría mucho gusto en abrazarlo y conversar con usted largamente. Mi espíritu tiene sed del suyo fraternal.

A continuación, le dice que le envía *Trilce* (terminado de imprimir el 9 de julio de 1930), extrañándose, sin embargo, de que no esté en venta y preguntándose por tan raro negocio editorial; termina preguntándole al amigo: «Qué ha hecho usted recientemente. Cuáles son sus proyectos literarios. Escríbame siempre y reciba el saludo de mi mujer y el abrazo cariñoso y apretado de su compañero» (Vallejo, 2011: 307-308).

La carta n.º 7 se fecha en Madrid el 20 de agosto de 1931. En ella le habla de sus continuos viajes del verano, entre ellos a Astorga, que le han impedido escribirle antes. Tras comentarle ciertas gestiones, le pregunta «¿Cuándo sale su antología? Querría conocerla y me daría un gran gusto saber si ya salió. En librerías aún no la veo» (Vallejo, 2011: 309). Se refiere a *Poesía española. Antología 1915-1931*, publicada en la editorial Signo en 1932. Le habla también de la operación de estómago de Larrea en Lima, preguntándole por su paradero; y añade «Vi a Huidobro en París e hicimos buenos recuerdos de usted con Tristan Tzara» (Vallejo, 2011: 210).

Es curioso que con fecha 21 de diciembre de 1931, y fechada en Madrid, Vallejo y Diego escribieran una carta manuscrita a Larrea conjuntamente, en la que dice Diego: «Estoy pasando unos días aquí, y con frecuencia te evocamos Vallejo y yo, lamentando que no escribas. Ahora estamos juntos en casa de Vallejo y queremos enviarte un doble abrazo de sacudida para que no nos olvides» (Vallejo, 2011: 644).

En sus cartas de 1932 a Diego, Vallejo muestra un afecto y cercanía indudables. En ellas le seguirá preguntando por su antología, se alegrará

de que vaya a estar en Madrid como profesor, y le preguntará de continuo por sus proyectos de publicación, pidiéndole sus «nuevas». En realidad, Diego vuelve por entonces a ser un enlace madrileño imprescindible para Vallejo; por ejemplo, en una carta de diciembre de 1932 (la n.º 12) le solicita dos favores: a) que le pida a Lorca su pieza teatral que él le envió para que le ayudara en sus intentos de buscar compañía y teatro en Madrid; y b) que le reclame a Ulises sus derechos de la edición de *Rusia en 1931*. Igualmente le pide a Diego consejo sobre un editor para su segundo libro sobre Rusia, y termina dándole «Mil gracias, Gerardo, por todas estas finezas y molestias que le doy» (Vallejo, 2011: 323).

En la carta fechada en París en febrero de 1933, Vallejo le relata a Diego la operación de su esposa y su preocupación, agrandada de nuevo por las penalidades económicas, que le han impedido devolverle el préstamo ya referido. La situación de Vallejo es una vez más penosa y Diego es un amigo fiel. Nótese, al respecto, el tono entrañable y cercano de la despedida de esta carta: «Que todo le salga bien a usted, por lo bueno que es y por lo noble. Un abrazo fuertazo» (Vallejo 2011: 324).

La última carta conservada (n.º 14) se fecha en París en abril de 1933, y en ella Vallejo le agradece a Diego el envío de su comedia, que le encargó recuperarla de las manos de Lorca, rogándole que le dé la enhorabuena por el éxito de la pieza que ha estrenado (se trata del estreno de *Bodas de sangre*, el 8 de marzo de 1933). De nuevo Vallejo se disculpa por la tardanza en saldar la deuda de su préstamo: «Le ruego, Gerardo, tener un poco de paciencia más. Me esfuerzo sin descanso por cumplir de un momento a otro con usted, que fue tan bueno y solícito para mí» (Vallejo, 2011: 325)⁷.

En una carta de Diego a Larrea ya en plena guerra, con el santanderino en Toulouse (20 de enero de 1937), le comenta que ha

⁷ Es bien conocido el suceso –con motivo de la revelación del contenido de algunas de estas cartas, como el alusivo a los préstamos a Vallejo– que Diego revela con motivo de su conferencia del 16 de noviembre de 1964 en Lima, titulada «César Vallejo: recuerdos, cartas y poesías», pronunciada en la Universidad de San Marcos, donde la viuda de Vallejo, Georgette Philippart, al escuchar estas revelaciones se sintió ofendida y arrojó sobre la mesa del conferenciante un sobre con dinero, abandonando a continuación la sala. Larrea recuerda el «percance» en su carta a Diego de 9 de septiembre de 1965 (Diego y Larrea, 2017: 912).

recibido carta del amigo común Bernabé [Herrero], de la que le copia un párrafo «para mí, lleno de sorpresas. ¿Hay que tomarlo al pie de la letra?»:

«Anteayer recibí carta de Juan expresándome su entusiasmo por un libro de Vallejo que ha gustado mucho por ahí, pues hasta me traslada la opinión de un gran comerciante, maravillado con la poesía creacionista. La verdad, me ha extrañado ese éxito, porque por aquí hasta los buenos aficionados andaban muy decepcionados con los últimos libros publicados [...] De todos modos dime tu opinión sobre el libro de Vallejo, pues me interesa extraordinariamente por tratarse de un excelente amigo y buen poeta». Espero tu interpretación de todo esto y si tal libro existe, lo espero también con impaciencia (Diego y Larrea, 2017: 802).

Años después, ya en plena posguerra, en una de las últimas cartas de Diego a Larrea, de 16 de septiembre de 1948, le acusa recibo del envío de libros, entre ellos, el libro de Vallejo *España, aparta de mí este cáliz*, del que Diego dice conocer algunos poemas, pero no el libro. Se trata de la edición prologada por Larrea en México (Editorial Séneca, 1940), edición que reproduce la famosa primera edición, ya póstuma, impresa al final de la guerra en enero de 1939, al cuidado de Altolaguirre en Montserrat, en las Ediciones Literarias del Comisariado del Ejército del este⁸.

4. GERARDO DIEGO, LECTOR LÚCIDO DE VALLEJO Y LA EDICIÓN ESPAÑOLA DE *TRILCE*

En realidad, el aprecio y atención por Vallejo que revelan las confidencias epistolares citadas se corroboran en los escritos teóricos o prosas literarias que Diego dedicó a Vallejo, en las que nunca dejó de tenerlo en la más alta estima, dando su nombre siempre como referencia o hito en la historia de la poesía de su tiempo. Que esto lo hiciera Diego

⁸ Como se sabe por la carta de su amigo Gonzalo More, de 24 de mayo de 1938, parece que Vallejo poco antes de morir en el hospital dijo en su agonía aquello de «España. Me voy a España» (Vallejo, 2011: 69). Resulta además sorprendente que Vallejo muriera en viernes santo (el 15 de abril de 1938); lo que aprovecharía Larrea, quien en su «Profecía de América» hizo de la muerte de Vallejo en esa fecha tan señalada un indicio de la significación trascendental de la vida y la obra del peruano. Diego lo recordará en una carta tardía a Larrea, de 22 de agosto de 1974 (Diego y Larrea, 2017: 929).

en la madurez, con el poso de los años y contra las conocidas restricciones y censuras del franquismo, tiene más mérito. Por ejemplo, en «Revisión de Vicente Huidobro», uno de sus últimos radiotextos del *Panorama poético español*, de 20 de febrero de 1979, sitúa a Huidobro en la nueva vida del espíritu, junto a Dante, Rubén Darío y César Vallejo (Diego, 2000: 213). Mucho antes, en un articulito de *ABC*, de octubre de 1966, dedicado a «Breton y el surrealismo», en el que define su postura conocida sobre el famoso ismo, recalca Diego:

La evolución de la poesía española desde 1924 obedecía a naturales impulsos y tradiciones nuestras, de tal modo que hubiera sido la misma aun sin la aparición en el firmamento literario francés de la pléyade surrealista. Es evidente que con Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez, Vicente Huidobro, Juan Larrea, y más adelante César Vallejo, y con lo que llevaban dentro de sí mismos mis amigos los poetas de *Pasión de la tierra*, *Sobre los ángeles*, *Poeta en Nueva York* y *Un río, un amor*, la libertad expresiva en la poesía española se hubiera disparado por sí misma sin necesidad de estímulos ajenos (Diego, 2000: 219-220).

Se comparta o no la radicalidad del juicio de Diego, que tiene su razón de ser en el valor que le otorga al creacionismo, lo que ahora conviene destacar es que en su elenco selecto figura Vallejo entre una nómina granada de la poesía más renovadora desde comienzos de siglo.

En el suculento bocado de la «Prosa literaria» de Gerardo Diego, hay un interesante original sin fecha titulado «En torno a la poesía de César Vallejo» (Diego, 2000: 569-580) en el que Diego aclara que guarda un recuerdo inexacto del peruano en lo que se refiere a lo físico, aunque sí detalla cuándo lo conoció y desde cuándo Larrea le habló de él en sus cartas desde París. Recuerda, asimismo, el proyecto de *Favorables*. En efecto, Diego no puede precisar cuándo conoció personalmente a Vallejo, aunque sí recuerda sus paseos por la Castellana y sus visitas a la casa del poeta cerca de Alberto Aguilera. También detalla sus últimos recuerdos ya de París en los primeros años treinta. Sí rememora, en cambio, la poderosa impresión que le causó Vallejo, sus rasgos físicos marcados, su timbre de voz «persuasivo y su acento peruano con matices personales marcadísimos. Su dignidad de ser humano, extremada y fuera de toda medida. Su capacidad para la entrega a un ideal y su pureza de conducta, ejemplares hasta el máximo sacrificio. Pero en trance de arrojar a los

mercaderes del templo, no sería el que con menos fuego hubiese manejado el látigo» (Diego, 2000: 570). Diego también declara que el mejor retrato en palabras de Vallejo que conoce, retrato con Vallejo ya muerto, es el de Leopoldo Panero⁹, que transcribe, señalando que, en lo esencial, el poema de Panero coincide con su retrato, aquel que le hizo en vida y que no es otro que su «Valle Vallejo», dispuesto, como señalábamos, al frente de la edición española de *Trilce* y luego incluido en *Biografía incompleta*.

Seguidamente recorre Diego en las páginas de su ensayo la producción poética de Vallejo. Para el santanderino, ya en *Los heraldos negros* aparece Vallejo con toda su estatura de poeta «original y de heraldo de inminencias trascendentales», y ello pese a tratarse de un primer libro de poeta joven y de llevar las marcas de su tiempo, el modernismo americano, en el que caben tanto el simbolismo, como el folclorismo indio o mestizo (Diego, 2000: 573). Sin embargo, ya en *Trilce*, para Diego «Vallejo se dispara hacia lo inaudito, hacia lo nunca oído porque tampoco se habló jamás». Diego (2000: 575) precisa que Vallejo llega a la expresión de *Trilce* «por ahondamiento y despojamiento de todo lo accesorio, lo cómodo, lo sensual para dejar verso y palabra en los puros huesos. Y si la lógica padece, si la comprensión se oscurece, si la coherencia delira, tanto peor para el hombre ordenancista y sintáctico, tanto mejor para el hombre poeta, para el prójimo a quien se le abren infinitos caminos de salvación por la palabra». Con total acierto a nuestro entender, Diego está insertando al Vallejo de *Trilce* en la misma senda de la poesía pura que galvanizó a la joven poesía de los años veinte (con Juan Ramón y Guillén a la cabeza) y del propio creacionismo que defendieron él, Larrea y Huidobro. Acierta plenamente Diego cuando señala que *Trilce* está preludiado, profetizado, en el citado poema liminar de *Los heraldos negros*. Con finura Diego (2000: 576-577) diagnostica que al llegar a *Trilce*, con un Vallejo ya casi treintañero, «el verso se disloca, la frase a veces también se disloca, el léxico oscila entre lo familiar y entrañable, lo irónico y creativo y lo francamente delirante»; y ello no es fruto de un juego vanguardista, sino fruto de «una impotencia

⁹ Se trata del poema de su libro *Escrito a cada instante* (1949), dedicado a José María Valverde, autor de «Dos ensayos sobre César Vallejo», recogidos en 1952 en sus *Estudios sobre la palabra poética* (Madrid, Rialp), que para Diego son de lo primero y mejor que se ha escrito en España sobre Vallejo tras su muerte.

expresiva, una dentera que hace patinar las sílabas, las consonantes, como locomotora que resbala en raíles mojados, es un muro ciego y cerrado ante el que se estrella la voluntad de hacer viable lo inviable y lo inefable».

Diego se pregunta, dada la fecha de publicación del libro, con Vallejo aún en América, «¿Cómo pudo Vallejo escribir estos poemas? Aquí sí que nada encontramos de semejanzas modernistas o de sugerencias simbolistas. Vallejo se ha sacado, nuevo pelícano, sus poemas del sangrante corazón». Con todo, cuando se trata de explicar la técnica, la libertad imaginativa y expresiva de Vallejo, Diego señala que parece seguro que aprendió «ciertas aperturas de imaginación y de doctrina poética de los poetas creacionistas, singularmente de Huidobro», aunque pudiera tratarse de pura coincidencia. La suposición es razonable, dadas las fechas de publicación de los libros primeros de Huidobro, e incluso de algunos poemas creacionistas de otros poetas. En todo caso, niega con vigor los supuestos débitos al surrealismo, por razones obvias de fechas.

Es indudable que cuando Diego leyó *Trilce*, años después, le causó una honda impresión, de ahí sus empeños y gestiones con Bergamín para llevar a buen puerto la edición española. Al recordarla en el ensayo que citamos, califica el prólogo de Bergamín de «agudo estudio que contribuyó eficazmente a imponer la primera admiración española a Vallejo» (Diego, 2000: 576).

En efecto, este prólogo de Bergamín a la edición española (Vallejo, 1930: 9-17) no fue un mero delantalillo de compromiso, sino una penetrante lectura oportunísima en el momento en que se produjo. Bergamín recuerda cómo el libro al publicarse en Perú en 1922 fue acogido con indiferencia e incluso hostilidad, aunque luego las jóvenes generaciones del país comenzaran a darse cuenta del «extraordinario valor que contenía» (nótese que este es uno de los argumentos de Larrea sobre la oportunidad de la edición española). Bergamín reconoce que la poesía de Vallejo era hasta ese momento, 1930, «casi totalmente desconocida». El nombre de Vallejo se asociaba al creacionismo de Huidobro, Larrea y Diego. Bergamín precisa algunos rasgos de ese creacionismo, en concreto la definición de la poesía como esencialmente traducible (repara oportunamente en el uso del francés por Huidobro y Larrea), que él contrapone a la tendencia de la nueva poesía española,

que conocemos como el Veintisiete (los Salinas, Guillén, Lorca, Dámaso, Alberti...). Sin embargo, Bergamín reivindica en el libro de Vallejo su «arraigo idiomático castellano», afirmando que es un libro profético y tan adelantado a su tiempo que «hoy mismo nos sería difícil encontrarle superación entre nosotros; en su autenticidad y en sus consecuencias» (Vallejo, 1930: 10). Asimismo, Bergamín destaca cómo en 1922 el libro de Vallejo se adelantaba a los primeros frutos de la poesía pura del Veintisiete. En concreto, tras referirse a los logros de Salinas, Guillén y Dámaso, herederos de Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, señala con tino: «El libro de Alberti: *Sobre los ángeles*, con las poesías de Juan Larrea o las de Neruda y aquellas de Gerardo Diego, que él incluye en su forma *creadora*, pueden servirnos para sistematizar por referencia el sentido y valor de este libro *Trilce*» (Vallejo, 1930: 12-13). Con todo, Bergamín va diferenciando *Trilce*, singularizándolo, respecto de esas referencias mencionadas (Alberti, Larrea, Neruda y Diego). En el caso de Diego, que ahora nos interesa, apunta Bergamín: «De la poesía de Gerardo Diego se aproxima *Trilce* por la aparente incoherencia de los enlaces imaginativos, acusadores de una honda coherencia poética más exacta; se aparta totalmente del poeta de *Manual de espumas* por el estremecimiento humano que la determina, por la rapidez, por la vibración, por el acento. La poesía de *Trilce* es seca, ardorosa, como retorcida duramente por un sufrimiento animal que se deshace en un grito alegre o dolorido, casi salvaje» (Vallejo, 1930: 13-14). A Bergamín le atrae de Vallejo un rasgo que la nueva poesía del Veintisiete había proclamado sin tapujos: que su poesía no está literaturizada, que se diferencia de la literatura. La poesía de *Trilce*—dice— «proyecta o propaga el pensamiento espiritualmente, y no literariamente, por la palabra, en puras relaciones imaginativas, desnudas del ropaje habitual metafórico, descarnadas así, secamente, como una sacudida eléctrica» (Vallejo, 1930: 14-15). Y en ese lenguaje descarnado de Vallejo se transmite el profundo sentido y sentimiento «de una razón puramente humana», apreciación que sintoniza plenamente con ese empeño que ya en *Favorables* proclamaran los tres amigos como única salvación de la poesía, de una poesía cuya razón es la razón poética. Bergamín, en un guiño al acoso que la pureza poética del Veintisiete recibió de voces tan autorizadas

como la de Unamuno («deshumanad, buen provecho»)¹⁰ o en el propio diagnóstico orteguiano de *La deshumanización del arte*, escribe a propósito de *Trilce*:

La pureza poética de *Trilce*, pureza íntegramente espiritual: pureza de mar, no pureza de agua destilada, tiene tanto empuje, tanto ímpetu, que nos parece áspera y dura al primer contacto; pero, por eso mismo, como todo lo que se expresa más estrictamente, afianza el sentido humano de lo verdadero: la poesía, que es lo más humanamente verdadero; o, verdaderamente, lo más humano (Vallejo, 1930: 17).

Pero volvamos a Diego y a su poema «Valle Vallejo», que transcribe en su ensayo y que encabezó, como hemos dicho, la edición española de *Trilce*, tras del prólogo citado de Bergamín. Diego (2000: 576) señala que en él «en verso o versículo de un creacionismo expresionista e intensamente humano, que por momentos empresta imágenes y dichos de *Trilce*, intento pintar al profundo y descarnado amigo, casi diría más bien desollado César Vallejo».

Para Gerardo Diego el último Vallejo, es decir, el de *Poemas humanos* y *España, aparta de mí este cáliz*, «es el más intensamente, proféticamente humano» (Diego, 2000: 578). Sinceramente elogia y admira la tarea de exégesis y recuperación de Larrea de la obra y la figura de Vallejo, de ahí que asuma lo esencial de la poética de Vallejo según su evangelista Larrea, afirmando de su propia cosecha con mucha originalidad: «Tal aparece en la poesía de sus libros y sobre todo de los dos últimos como “heraldos verdes” o “blancos”». Diego (2000: 578-579) afirma certeramente que sustituye los colores «para dar paso a la fe en la nueva era del Hombre precedida o acompañada por la eterna y abierta transición de la esperanza». En el último Vallejo, Diego llama la atención sobre el «caudal de humanidad superlativa» que apreciamos en sus versos finales. Es sorprendente el silencio poético, con algunas excepciones, de Vallejo desde 1922 (*Trilce*), hasta 1937, en plena guerra civil española, momento en que su vena creadora «se hincha y desborda

¹⁰ Nos referimos al poema XXXIII del *Romancero del destierro*, fechado en Hendaya el 27 de abril de 1927, en el que don Miguel ataca a sus nietos del Veintisiete con versos como estos: «¿Prosa? ¿Y qué sabéis vosotros, / jugadores de la forma / y gongorinos de pega, / lo que es la prosa? / ¿Poesía pura? El agua / destilada, no por obra / de nube del cielo, pero / de redoma. / ¡Deshumanad!, ¡buen provecho!; / yo me quedo con la boda / de lo humano y lo divino, / que es la gloria...» (Unamuno, 1987: 399).

torrencial, acumulando en poco más de un año casi todos los poemas póstumos, los de la rúbrica apócrifa¹¹ y los del libro de amor a España y de evangélico nombre y raptó, *España, aparta de mí este cáliz*» (Diego, 2000: 579).

5. CONCLUSIÓN

La fidelidad, en fin, de Diego a Vallejo, tanto antes como después de la guerra civil española y hasta sus últimos años, es innegable. Vallejo será siempre para Diego una referencia, incluso cuando interpreta o lee a los jóvenes poetas a los que tan atento estuvo toda su vida. Recuérdese, por ejemplo, cómo cuando se ocupa de José María Valverde y sus *Versos del domingo*, destaca que el extremeño «ha llegado a dominar el verso, su verso, su lengua, aprendiendo, claro está, de otros, de Machado o de Vallejo, de Rosales o de Vivanco, de Rilke o de los grandes poetas ingleses» (Diego, 2000: 834); o su reseña, en el *Panorama poético español* (de 8 de septiembre de 1964), de un libro sorprendente de Gabino Alejandro Carriego, *Política agraria*, en la que precisa, a propósito de la poesía de Carriego y sus amigos, como Ángel Crespo, «¿Habría que achacar a César Vallejo y a su portentosa creación de lengua personal en su libro *Trilce* la fuente de estos poetas, de esta poesía descarriada y como tartamuda?» (Diego, 2000: 903).

De principio a fin la poesía de Vallejo, su voz personalísima e inconfundible, cautivó a Gerardo Diego, que hablaría, en referencia a los versos finales del peruano, en plena guerra civil española, de su «Caudal de humanidad superlativa».

No fue, pues, fruto del azar o de una simpatía pasajera el memorable retrato que Diego dedicó a Vallejo y que fue una inmejorable carta de presentación para los lectores españoles de *Trilce* en plena sazón del Veintisiete. En sus versos creacionistas arrebatados Diego llama a Vallejo «querido amigo / hermano», y proclama que, gracias a que Vallejo vive, «nosotros desahuciados acertamos a levantar los párpados / para ver el mundo».

¹¹ Se refiere a los *Poemas humanos*, que, según Larrea, debieron de titularse *Nómina de huesos*. Nótese que este es el título de un poema en prosa de Vallejo.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ASTRANA MARÍN, Luis (1925): «Los nuevos vates de allá». *El Imparcial*, 25 de septiembre.
- BERNAL SALGADO, José Luis (2007): *Manual de espumas: La plenitud creacionista de Gerardo Diego*. Valencia: Pre-Textos.
- DIEGO, Gerardo (1953): *Biografía incompleta*. Madrid: Ediciones Cultura hispánica.
- DIEGO, Gerardo (1978): «Mis Vallejo y sus dos *Trilces*». *Arriba*, 15 de abril.
- DIEGO, Gerardo (2000): *Obras completas. Prosa literaria* (vol. 3). José Luis Bernal Salgado (ed.). Madrid: Alfaguara.
- DIEGO, Gerardo y LARREA, Juan (2017): *Epistolario. 1916-1980*. Juan M. Díaz de Guereñu y José Luis Bernal Salgado (eds.). Madrid: Residencia de Estudiantes-Fundación G. Diego.
- LARREA, Juan (1958): *César Vallejo o Hispanoamérica en la cruz de su razón*. Córdoba: UNC.
- LARREA, Juan (1973): *César Vallejo. Héroe y mártir indo-hispano*. Montevideo: Biblioteca Nacional de Uruguay.
- ROJAS, Pablo (2011): «Luis Astrana Marín contra las vanguardias y contra Góngora», *Rilce*, 27.2, 441-462 (<http://dx.doi.org/10.15581/008.27.3063>).
- SALINAS, Pedro; DIEGO, Gerardo y GUILLÉN, Jorge (1996): *Correspondencia (1920-1983)*. José Luis Bernal Salgado (ed.). Valencia: Pre-Textos.
- UNAMUNO, Miguel de (1987): *Poesía completa*, vol. 2. Madrid: Alianza Editorial.
- VALLEJO, César (1930): *Trilce*. Madrid: CIAP [2.^a ed.].
- VALLEJO, César (1982): *Epistolario general*. José Manuel Castañón (ed.). Valencia: Pre-Textos.
- VALLEJO, César (2011): *Correspondencia completa*. Jesús Cabel (ed.). Valencia: Pre-Textos.

José Luis BERNAL SALGADO
Universidad de Extremadura
jlbernal@unex.es

<https://orcid.org/0000-0002-4135-4206>